REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN
I

CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

2016

CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

JOSÉ COSANO MOYANO
Coordinador

CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2016

CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón* I)

Coordinador: *José Cosano Moyano*

© De esta edición: Real Academia de Córdoba

© Los autores del libro

© De la portada: Mª José Ruiz López

ISBN: 978-84-946378-5-8
Dep. Legal: CO-2429-2016

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

IBN ḤAZM, RETRATO DE UN OMEYA ERRANTE

JUAN PEDRO MONFERRER SALA
Real Academia de Córdoba

LE-RAC-001 (2016), MONFERRER SALA, Juan Pedro. Ibn Ḥazm, retrato de un omeya errante. 97-106.

LE-RAC-001 (2016), MONFERRER SALA, Juan Pedro. Ibn Ḥazm, retrato de un omeya errante. 97-106.

Los orígenes

Ibn Ḥazm, de nombre Abū Muḥammad ʻAlī ibn Ḥazm al-Qurṭubī, vivió entre 994 y 1063 d.C. Y en esos sesenta y nueve años le cupo vivir uno de los dos periodos agonizantes del islam andalusí, en concreto el derrocamiento y posterior derrumbe del califato cordobés; el otro momento habría de ser, andando el tiempo, la entrega de Granada a las tropas de los Reyes Católicos y con ello la extinción del poder islámico en tierras peninsulares. No se agotará con esta la presencia de musulmanes en la Península, dado que las comunidades moriscas persistirán en no muy aceptables condiciones hasta ser expulsadas definitivamente en los comienzos del siglo XVII.

Cordobés de nacimiento, los ancestros conocidos de Ibn Ḥazm residían en tierras onubenses, concretamente en la cora de Niebla. Su abuelo Saʻīd, perteneciente a una familia muladí, poseía tierras en una alquería que las fuentes árabes denominan Mont Lisām, que se ha venido identificando con Montíjar, Montija o Casa Montija, sita en aquellos parajes. No pareciendo que la fortuna le sonriese en demasía a Saʻīd en su solar rural, este decide trasladarse a la capital, Córdoba, con los deseos, probablemente, de hacer fortuna y hallar mejor amparo para sus más que probables ambiciones y anhelos cerca de los poderes del estado andalusí.

No hubieron de irle mal las cosas al abuelo de nuestro Ibn Ḥazm, pues su hijo, y padre del escritor cordobés, Aḥmad, haría sólida fortuna en la ciudad. Las habilidades personales, e intelectuales, que le suponen al padre de Ibn Ḥazm tienen que ver, sin duda, con una buena formación y un sólido adiestramiento en el cuerpo de la administración del estado (*al-khidmah*). Hubo, pues, de haber estudiado con buenos maestros, que ya los había, y muchos, en la Córdoba de aquellos días. Y con ellos hubo de adquirir estudios y bagaje más que suficiente para afrontar el duro y complejo periplo por la intrigante administración cordobesa.

La Córdoba a la que acudió el abuelo de nuestro autor era entonces, sin duda, una ciudad imponente, atractiva y poderosa al mismo tiempo. Acostumbrado al canto de los pájaros, el incierto deambular de gallinas, polluelos y pavos, y el ruido sin fin del arado de bueyes y mulos abriendo surcos

en la tierra, Sa'īd hubo de quedar perplejo nada más pisar la capital. El permanente bullicio de las gentes y el vívido contraste de colores, mezclado con un ir y venir incesante debió causar honda impresión en un hombre acostumbrado a la quietud de su solaz rural.

El crisol de gentes, ataviados de forma distinta según su confesión religiosa, contribuía a hacer de la urbe un mundo nuevo para él. Alfaquíes camino de sus respectivas escuelas, imanes en dirección o de vuelta de sus mezquitas, apresurados rabinos conduciéndose con andar frenético a sus sinagogas y monjes y sacerdotes yendo y viniendo de monasterios o iglesias, según cada caso. Esa sensación multiforme de la creencia sobrenatural hubo de calar profundamente en Sa'īd, a cuya memoria tal vez regresara, de vez en vez, algún recuerdo o pensamiento sobre sus ancestros cristianos. Este sentimiento híbrido, sincrético, del biorritmo de la capital cordobesa hubo de ser común a no pocos de sus ciudadanos. Y otro tanto cabe imaginar de aquellos andalusíes que no siendo árabes de pura cepa, sino por el contrario descendientes de muladíes o incluso de bereberes, soñaban con serlo y algunos, no pocos por cierto, lo fingieron como pudieron, cada uno a su suerte y manera.

Pero ninguna certidumbre poseemos de lo que aconteciera a Sa'īd una vez en Córdoba. Lo único deducible es que supo encaminar los pasos de su hijo Aḥmad, que sí lograría enhebrar una vida inteligente, aunque al final tuviese que vivir días trágicos y aciagos para él y para su familia.

Aḥmad, el padre de Ibn Ḥazm, parece que fue hombre cabal y juicioso. Todo indica que las habilidades que se le atribuyen son del todo ciertas. Inteligente en los movimientos políticos, cauto en el trato personal, veraz en la ejecución de su cometido, todo apunta a que Aḥmad supo ganarse un puesto y un crédito como hombre de la corte, que le valieron las bondades que supo administrar en humildes dosis de juicio y equilibrio, adquiriendo con ellas el reconocimiento a su ejercicio.

Pero esos días alegres y luminosos tornáronse pronto tristes. Un aciago y tormentoso horizonte presagiaba una tempestad que no habría de tardar en llegar, cerniéndose sobre Córdoba y sus gentes una suerte de nueva plaga bíblica que acabaría destruyendo todos sus cimientos. Y así, de nada serviría a Aḥmad toda su fecunda vida profesional al servicio de la corte cordobesa cuando las intrigas palaciegas se sucedieron al amparo del paulatino socavamiento de las bases del califato. Llegaba el fin del esplendor cordobés, pero con él también, de la mano, el final de muchos cordobeses, y no cordobeses, cuyo ideal político estaba representado por los omeyas.

LE-RAC-001 (2016), MONFERRER SALA, Juan Pedro. Ibn Ḥazm, retrato de un omeya errante. 97-106.

El contexto

El ímpetu de las fuerzas bereberes, frenado durante tantos años a costa de errores políticos y sociales, no podía ser contenido y Córdoba empezó a desplomarse sobre ella misma. Días lúgubres en los que fuego y muerte, venganza y traición se sucedieron sin denuedo hasta llegar a su objetivo, la caída del califato y la destrucción de Córdoba. Sí, la destrucción de Córdoba, porque no solo había que terminar con el modelo político, y más que el modelo con la estirpe que lo regentaba, los omeyas, representantes de la arabidad más genuina (*'arabiyyah*) que a tanta y tan prolongada sumisión había conseguido conducir a la población bereber.

La caída del califato cordobés (1013 d.C.), prolongada en el tiempo hasta 1051, no es una fecha cualquiera. Es más que una fecha, es el inicio del fin de al-Andalus. Frente a los fastos representados en la corte califal, la labor propagandística desplegada en su arquitectura, su decoración, sus letras, se erigía una realidad nunca afrontada: la incapacidad, pero sobre todo la falta de interés, del aparato estatal por lograr una homogeneización de al-Andalus que permitiese trabar una suerte de relación, sino genética, al menos política entre dos bloques socialmente enfrentados y políticamente antagónicos: árabes y bereberes.

Cierto es que los reinos cristianos norteños, no siempre en buenas relaciones entre ellos, hicieron cuanto pudieron por conquistar territorio andalusí, pero más cierto es que el mayor daño que se le infligió a al-Andalus venía de sus propias entrañas. El estado andalusí, como toda estructura política preñada de alimañas, se enzarzó en una permanente disputa, sorda en unas ocasiones y bullanguera en otras, de sus componentes étnicos. Bereberes, muladíes y árabes no conseguirán zafarse de su incapacidad para el entendimiento, lo cual, junto con la torpe labor del estado, sometido a las bobaliconas querencias de los árabes y sus facilitadores, no hará sino precipitar al país a las fauces de un permanente enfrentamiento sin tregua ni cuartel. Al califato sucederán las taifas, mediando las correspondientes guerras civiles (*fitan*) y tras ellas llegarán almorávides y almohades sucesivamente. Cual jayma enorme, la locura y el error acamparán entre los andalusíes, que inevitablemente caminarán con paso cierto hacia un final previsto, final que llegará más pronto que tarde.

Granada será el final. Un broche de oro y gemas para decir adiós a al-Andalus. Un adiós cuyo eco llegaba hasta la Córdoba que puso los cimientos de ese estado y lo coronó admirablemente con el califato, la joya andalusí. Pero el lustre de la capital no congeniaba con el latir de los corazones de sus ciudadanos. Ese fue el principio del fin. Y probablemente Ibn Ḥazm atisbó ese

LE-RAC-001 (2016), MONFERRER SALA, Juan Pedro. Ibn Ḥazm, retrato de un omeya errante. 97-106.

terrible horizonte, lejano pero no tanto, que había de llegar y cegar los ojos de sus mandatarios.

Una vida errática

Hemos imaginado la vida de Ibn Ḥazm en el serrallo de mujeres de la corte, pero es obvio que hubo otro mundo paralelo a ese, el de la familia. Nada sabemos, si exceptuamos unas cuantas alusiones, del afecto que tuvo por sus familiares. El propio Ibn Ḥazm llega a jactarse de esa vida en el harén, afirmando que allí lo aprendió casi todo: desde la intriga a los secretos sexuales. De cierto que hubo de ser una vivencia importante para nuestro personaje, como acontecía y sigue aconteciendo a no pocos niños a los que acompaña en sus días iniciales una niñera o sierva que entre otros menesteres se ocupa de los niños de la casa.

Esos días en el harén marcaron la vida de Ibn Ḥazm, pero en modo alguno la determinaron. Sacó provecho de ella, aprendió lo inimaginable, pero eso solo fue el inicio de un largo y tortuoso camino que aún no había empezado a andar y que en no pocos momentos su trayecto hubo de hacérsele imposible de acabar.

Si la infancia fue agradable entre las esteras, la adolescencia hubo de ser determinante para empezar a forjar el carácter de aquel que acabaría siendo un gran polígrafo. Cursó estudios entre reputados maestros en los diversos campos de las ciencias islámicas para acabar militando entre las escasas huestes de una escuela jurídico-filosófica minoritaria, la escuela *ẓāhirī*. Fundamentada en la interpretación literal, esta práctica analítica contraponía lo exotérico (*ẓāhir*) a lo esotérico (*bāṭin*) con la que Ibn Ḥazm hacía gala de una fuerza y virulencia a veces inusitadas. Pero no adelantemos aún los acontecimientos de lo que este habría de hacer en sus andanzas por el territorio andalusí.

A la sombra de ese enorme hombre-poeta que fuera Ibn Šuhayd, en los inicios de su actividad literaria y política nuestro autor quedó embebido por un hercúleo sentido de la concepción literaria. No creía Ibn Ḥazm, como tampoco sus camaradas correligionarios, que un literato se hiciese, esto es que se formase mediante la aplicación una técnica (*technḗ*) que debía aprender, aplicar y cultivar en su ejercicio literario. Antes al contrario, concebía, y creía a pies juntillas, que el literato nacía tal y actuaba en función de una suerte de *raptus* que impelía al individuo a crear bajo el efecto la posesión de su alma. Todo venía decretado, el hado, el *fatum* (*qadar* en árabe) era determinante en el individuo. Tal concepción no es extraña si vemos la vida de Ibn Ḥazm desde el final. Por ello, que accediese a militar en la escuela *ẓāhirī* se explica en primera instancia por ese determinismo supra-natural, que en no poca medida hay que

aplicar a la relación entre la explicación literal que practicaba y el Corán, la palabra de Dios.

La intensa vida literaria del autor cordobés la compaginó con su también frenética actividad política. Su hondo sentimiento filo-árabe hizo que sintiera una admiración profunda por los mandatarios omeyas. Firme seguidor de la política omeya, aunque en más de una ocasión se quejase de los impuestos (¡y quién no!), llegó a inmiscuirse tanto en los avatares que se sucedieron al precipitarse el final del califato, y con él la estirpe omeya, que hubo de experimentar nuevos sinsabores y amarguras en aquellos días como la prisión o el exilio.

Así, pues, forzado al exilio como consecuencia de sus ideas políticas y sus actividades clandestinas, Ibn Ḥazm comenzó un vida errante por tierras andalusíes. De un lugar a otro, por ciudad, aldea o alquería por la que pasara no renegaba de ninguna disputa con el letrado *mālikī* del lugar, enzarzándose en constantes pullas que no le trajeron buenas cosas, sino todo lo contrario, más problemas a los que de por sí ya tenía. Esa vida errante, además, la supo compaginar estoicamente con una sobriedad extrema, fruto tal vez no de la necesidad, sino de su propia pacatería, que haría ascos a no pocas posibilidades de atenerse a un comportamiento menos hosco y virulento y un carácter más acomodaticio y muelle que él nunca quiso ni buscó.

Hombre de ideas inamovibles, Ibn Ḥazm consiguió subir los peldaños del reconocimiento en sus días. Tenido como una persona difícil, escasa de simpatías y por ello de carácter no poco agreste, sin embargo supo ganarse el reconocimiento como intelectual, incluso de algunos de sus enemigos. Tal fue la impronta que dejó su actividad en el mundo de las letras y las leyes que a nadie dejó indiferente.

Sus obras

Más allá de lo que puedan significar la vida y la imagen de Ibn Ḥazm en el imaginario árabe general y andalusí en particular, su producción intelectual fue y es, con total certidumbre, lo que más honda huella ha dejado, sobre todo con el paso del tiempo. Cierto es que el reconocimiento de sus obras han conocido un proceso mayéutico, esto es han sido reconocidas a partir del siglo XIX y con ello los historiadores de la literatura y de las ideas, en cierto modo, han creado una celebridad literaria donde en realidad nunca la hubo.

Pero lo que sí es cierto es que Ibn Ḥazm dejó tras de sí una producción literaria tan abundante como excepcional. Pensador, jurista, historiador, genealogista, epistológrafo, historiador de las religiones, narrador, poeta y

novelista en ciernes, Ibn Ḥazm generó una de las producciones bibliográficas más interesantes en al-Andalus y en el mundo árabe-islámico en general.

No es fácil destacar unas obras sobre otras, porque en el fondo, de una u otra manera, toda su producción contribuyó de forma decisiva a abrir las puertas de los Siglos de Oro de las letras andalusíes. Hombre de pensamiento recio, ya lo hemos dicho, se encargó de sustituir sus anhelos por reinstaurar a los legitimistas omeyas por otros menos arriesgados, los estudios. Esta decisión favoreció su carrera intelectual y le permitió entrar en el Parnaso de las letras árabes con sello y lugar propios.

De prosa difícil y sobria, el polígrafo cordobés supo crear sin embargo obras deliciosas, cuya prosa fluye como rumor de agua cristalina. Es el caso de ese precioso tratadito perteneciente a la modalidad de prosa historiográfica que es el *Naqṭ al-ʻarūs* ("las pecas de la novia"). En él, Ibn Ḥazm combina el análisis y los datos con una prosa sencilla y dúctil que convierte a la obra en una verdadera pieza literaria. Y también su reivindicadora *Risālah fī faḍl al-Andalus* ("Epístola en favor de al-Andalus") en la que ensalza a los andalusíes y su genio frente a los norteafricanos.

En su papel de ácido polemista el cordobés no paró mientes en debatir y escribir contra viento y marea creyéndose por encima de los demás. Pero si hay que destacar un momento de su actividad polemista esa es la que llevó a cabo contra otro gran cordobés del momento, el insigne Šmu'el ben Nagrellah, a quién dedicó un escrito difamatorio titulado *Radd ʻalā Ibn Nagrellah al-yahūdī* ("Respuesta a Ibn Nagrellah el judío"). En él, acusa Ibn Ḥazm a Ibn Nagrellah de haber compuesto un panfleto difamatorio contra el islam, lo que llevó a Ibn Ḥazm a contestarlo de formar especialmente virulenta para demostrar los yerros cometidos por el judío cordobés. Podría ser que este escrito atribuido a Ibn Nagrellah nunca hubiera sido compuesto por él, o que ni siquiera fuera real, y que por tanto la respuesta de Ibn Ḥazm obedeciera a un mero ataque contra el autor judío dada la relevancia y fama social de que gozaba su coetáneo y paisano Ibn Nagrellah.

Con todo, la solidez como pensador e historiador de las ideas al mismo tiempo le habría de llegar con una obra descomunal a la que dedicó enormes esfuerzos. Se trata del *Fiṣal fi l-niḥal wa-aḥwā' wa-l-niḥal* ("La división entre las creencias y las sectas"), una pieza maestra que inaugura, muchos siglos antes de que fuese creada esta disciplina, la historiografía religiosa, obviamente aderezada con una pizca de picante polemista. Prosa rocosa e imponente documentación, mezcladas con un estilo argumentativo sólido y sistemático hacen de esta obra una pieza clave no sólo para entender el pensamiento del polígrafo cordobés, sino para poder conocer el esencialismo del islam clásico y sus grupos tradicionalistas, de los que en no escasa medida Ibn Ḥazm

participaba en materia religiosa. La obra retrata las ideas básicas de cada religión (esencialmente a judaísmo y cristianismo en la segunda parte) a las que discute y sitúa por debajo del islam, la revelación verdadera según nuestro autor. Impagables son las citas del Antiguo y Nuevo Testamentos que cita Ibn Ḥazm para a seguido dedicarles una agria crítica textual con la que demostrar la célebre acusación de *taḥrīf* ("falsificación") con la que el islam ha calificado, tradicionalmente, la transmisión de los textos de la Biblia judía y cristiana. La idea del cordobés es demostrar la superioridad del islam y para ello no dudó en enfrentarse a tan monumental empresa en la que puso todos sus sentidos y todo su saber.

Pero si hay que escoger una obra del autor conocida en nuestros días esa no es otra que el *Ṭawq al-ḥamāmah* ("El Collar de la paloma"). De toda su producción es esta, desde luego, la más conocida y también la más leída por el público en general. Traducida a un buen número de lenguas occidentales, en nuestro país ha conocido dos traducciones, una primera de Emilio García Gómez, de corte creador, y otra posterior debida a Jaime Sánchez Ratia, con una versión más acorde al original árabe.

La obra, genéricamente una *risālah*, es decir una epístola, es un tratado sobre el amor y los amantes compuesto en Játiva, a edad relativamente temprana (unos veintiséis años contaba el autor al concluirla), que dirige a un amigo. El texto, preñado de alusiones al autor y entreverado de citas poéticas, es una muestra de la habilidad literaria de Ibn Ḥazm, al tiempo que un maravilloso ejemplo de su capacidad analítica. La perspicacia observadora cobra vida propia gracias a la inusitada fuerza evocadora de la prosa ḥazmiana. Su ductilidad y elegancia convierten al texto en una especie de marco narrativo encadenado en el que los diversos cuadros que lo componen alcanzan un clímax narrativo realmente sin par. Solo los cuadros narrativos de corte costumbrista templan el vértigo de una prosa que a veces se nos antoja de otro tiempo más reciente.

Epílogo: Ibn Ḥazm, un hombre de su tiempo

Llega el momento de poner fin a este retrato del polígrafo cordobés. Un breve retrato que en ningún momento ha perseguido trazar la vida y obras del autor, sino simplemente asomarnos a su persona para que quienes lean estas páginas se animen a acometer la lectura de sus obras con una mínima clave sobre esta figura, esencial en las letras andalusíes.

Ibn Ḥazm fue el resultado de su tiempo, un personaje dividido en dos: el que era y el que hubiera deseado ser. Entre esos dos polos, la realidad y el deseo, se debatió nuestro personaje durante toda su vida. El anhelo de los días del califato representaba, en cierto modo, su deseo de volver a sus días de goce

y disfrute con su amigo del alma Ibn Šuhayd y sus camaradas de ideas y sueños ya idos.

La imposibilidad de recuperar esos ansiados momentos y la inmediatez de la cruda realidad no solo trocaron el norte que se había trazado en sus días de juventud, sino que le llevaron a adoptar una personalidad pétrea, rocosa con la que afrontar las múltiples contrariedades que le sobrevinieron a lo largo de su vida. Cierto que la vida no le vino de cara a nuestro autor, pero él tampoco puso su mejor disposición para encararla en más de una ocasión.

Pero es ahí donde hay que intentar penetrar la personalidad de Ibn Ḥazm. Sensible en el fondo, como lo demuestran no pocos pasajes de su "Collar", tuvo que arrogarse sin embargo un carácter difícil con el que sortear las constantes contrariedades que le llegaban. Ibn Ḥazm se sabía intérprete de un papel que le venía que ni anillo al dedo: el papel del desterrado, del perseguido, del represaliado, del marginal. Y en el fondo era todo eso. O al menos deseaba serlo. Perdido el califato, perdidos sus amigos, alejado de Córdoba, no le quedaba otra posibilidad. Y él, sabedor de lo que correspondía a un viejo legitimista omeya, optó por convertirse en un omeya errante, el último tal vez de al-Andalus.

LE-RAC-001 (2016), MONFERRER SALA, Juan Pedro. Ibn Ḥazm, retrato de un omeya errante. 97-106.

E quando los franceses e el Gran Capitán se desavinieron sobre la partición del reyno de Nápoles, fueron trocados algunos destos caballeros, e los dieron por otros que de la parte francesa estaban presos en poder del Gran Capitán.

G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Batallas y Quincuagenas.*
Real Academia de la Historia, t. I, p. 259. Madrid, 1983.

REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

DIPUTACIÓN
DE CÓRDOBA

CÓRDOBA
PATRONATO PROVINCIAL DE TURISMO | DIPUTACIÓN